

# Francisco Ayala y sus avisos para andar por el mundo

Rosa Navarro Durán  
Universidad de Barcelona



**H**ace muy poco que se ha cerrado la celebración del centenario de Francisco Ayala (el 16 de marzo, día en que el gran escritor cumplió 101 años), y lo hemos hecho gozosamente porque él sigue regalándonos lecciones de humanidad y de bien pensar. Escritor y sociólogo, sabio conocedor de la condición humana, oírle es recibir siempre algún aviso para navegantes en esta singladura, tan fácil y tan difícil a la vez, que es el día a día. Hace años, en su luminosa casa madrileña, le pregunté, por miedo a ocupar su sillón favorito: “¿Dónde se sienta Vd., don Francisco?”. Su respuesta fue una lección de vida muy sencilla: “En cualquier sitio. La costumbre ayuda a sobrevivir, pero puede convertirse en una tiranía”. Y, precisamente por ese razonamiento, pudo vivir exiliado, se adaptó a todos los países en donde vivió y no hizo de ese destierro forzoso una tragedia.

“A la manera de introducción” al volumen *De mis pasos en la tierra*, de 1998, donde reúne algunos de sus ensayos en torno a su discurso vital, habla del “viaje como metáfora de la vida humana” y se refiere a su exilio con palabras que dicen más que cualquier vuelta y revuelta que hagamos sus biógrafos, como siempre sucede: “Y ¿qué decir luego del consiguiente exilio? Yo me he esforzado por desdramatizar el mío; pero, después de todo, perder cuanto uno posee para verse despojado de su propia historia personal y lanzado hacia un futuro incierto, en viaje hacia lo desconocido, no deja de ser una experiencia donde la metáfora adquiere tremenda realidad”.

Volvió en cuanto pudo, pero se sintió a gusto allá donde fue; y, cuando la situación política se enrarecía —como le sucedió en Argentina—, se marchaba a otro lugar en busca de una atmósfera sin opresión ideológica, que era la única condición que se exigía a sí mismo para poder trabajar. En su peregrinación desde el sur al norte de América, fue dejando a su paso espacios universitarios que vivieron con él momentos culturales espléndidos.

Después de escribir deslumbrantes prosas vanguardistas en España antes de la guerra, quedó unos años en silencio tras ese tajo brutal, hasta que en 1949 publica en Buenos Aires dos volúmenes de

relatos: *La cabeza del cordero* y *Los usurpadores*. Esta última obra está formada por una serie de narraciones históricas cuya materia es la usurpación, y está prologada por un *alter ego* del novelista, F. de Paula A. G. Duarte (su segundo apellido es García Duarte), un oscuro periodista y archivero municipal de Coimbra, que presenta los relatos y muestra, muy cervantinamente, un cierto resquemor de persona gris ante un escritor ya consagrado. Sin embargo, es él quien formula una de las teorías estelares de la narrativa ayaliana, quien nos da una de las grandes lecciones para andar por el mundo al decir que “el poder ejercido por el hombre sobre su prójimo es siempre una usurpación”.

[...] el poder  
ejercido por el  
hombre sobre su  
prójimo es siempre  
una usurpación [...]

Y no vemos más que ejemplos de tales usurpaciones: a gran escala, ejercidas por tiranos de todos los tiempos en el gobierno de los estados; pero también a pequeña escala, afectándonos de cerca muy a menudo. Y lo voy a demostrar... o a mostrar. Pongamos que una persona a la que no le gusta determinada comida llega a su casa y ve que precisamente es la que le está esperando en el plato, y quien lo ha hecho conoce muy bien sus gustos; no tiene más que identificar la acción realizada: es una usurpación. Porque curiosamente el ejercicio del poder siempre se hace de forma negativa; si se mostrara con acciones positivas, sería benéfico y pasaría desapercibido. Parece ser que sólo se reconoce el poder

de quien manda cuando lo hace a gritos, a palos o con medidas coercitivas.

Francisco Ayala, en una luminosa conferencia que dio en 1977, al volver oficialmente a su Granada, habló del único remedio que hay contra el mal de la usurpación: “la abnegada caridad”. Siempre aprendemos de los clásicos; esta sencilla lección de Francisco Ayala es un aviso para nuestros pasos en la tierra, porque, si entendemos lo que sucede, es más fácil defendernos de ello. O al menos esbozar una sonrisa contemplando el ejercicio de poder injusto a pequeña escala, ¡qué pasaría si el usurpador de turno tuviera en sus manos realmente poder sobre nosotros!

La más terrible usurpación jamás llevada a cabo fue la de Hitler, un tirano mucho peor que Calígula –el emperador romano fue sólo un precursor de ese monstruo del siglo pasado–. Francisco Ayala avisó ¡en 1930! del peligro de ese régimen dictatorial, el nacionalsocialismo, que empezó prohibiendo el jazz: “Cuál haya de ser la suerte última de este movimiento, hoy *in crescendo*, es algo que debe preocupar seriamente en Europa”. No tenemos que olvidarlo nunca: en cuanto un tirano prohíbe el jazz o que vuelen las cometas, está asomando el comienzo de una monstruosa usurpación, del ejercicio del poder contra sus semejantes, y en tal caso extremo, ya no sirve como remedio la caridad abnegada.

Ayala definió la usurpación, intuyó la más espantosa de la historia de la humanidad, la del nazismo, porque es un agudo sociólogo y un inteligentísimo analista de la naturaleza humana. Y a partir de ese concepto, creó un volumen de relatos históricos fundamental para la historia de la novela breve del siglo XX: *Los usurpadores*. Borges quedó deslumbrado por uno de ellos, *El Hechizado*; y el mismo asombro admirativo sigue produciendo hoy en cualquier lector cuando descubre el vacío donde esperaba ver cara a cara la imagen del poder. La aventura lectora de *El abrazo* o de *El Doliente*, otros de esos relatos, es sencillamente apasionante, porque los personajes históricos encarnan debilidades y pasiones humanas, y estas se cuentan con una prosa límpida, sugerente, precisa, con creaciones sorprendentes por su carga emotiva, por su originalidad de enfoque, por su belleza plástica.

No tenemos  
que olvidarlo nunca:  
en cuanto un tirano  
prohíbe el jazz o que  
vuelen las cometas, está  
asomando el comienzo  
de una monstruosa  
usurpación [...]

En sus prosas vanguardistas –las mejores de la generación del 27, de la que Ayala forma parte–, estalla el ingenio en fuegos de artificio verbales que llenan la página en blanco de luces, de figuras, de asociaciones deslumbrantes, de metamorfosis en donde la ironía se mezcla a la belleza. Esos juegos estéticos e ingeniosos desaparecieron tras el trágico derrumbe de la vida intelectual por el tajo de la guerra, pero quedaron en su prosa trascendente imágenes que conservan su capacidad sugerente, la originalidad de su mirada. Están en *Los usurpadores* junto a lecciones de caridad, junto a denuncias de usurpaciones, bajo el ropaje de relatos históricos.

Francisco Ayala, miembro de la generación del 27, siguió escribiendo a lo largo de todo el siglo XX. En 1999 fecha su último relato, una irónica pieza, situada en el Siglo de las Luces, que Carolyn Richmond incluye en su bella antología *De toda la vida* (Barcelona, Tusquets, 2006): *El filósofo y un pirata* (*Cruce de miradas*), que en su primera versión subtítulo significativamente “Divertissement”.

Vuelve al supuesto relato histórico, aunque ya no habla de personajes de nuestros libros de Historia, sino de un imaginado científico francés, que podía haber figurado en la Historia de la Ciencia del país vecino: “el doctor Jean-François Dupont, un médico aficionado al estudio de la naturaleza humana”. Se aleja “prudentemente” de “la convulsión que por aquel entonces afligía a su amada patria”, y evitando ver rodar cabezas en Francia, se irá al remoto Oriente.

Allá, en una playa de los alrededores de Saigón, el azar hará que vea cortar la cabeza de un pirata feroz. Cuenta el narrador: “La casualidad quiso que esa cabeza cayera de plano sobre el suelo, y quedase ahí tan erguida como lo había estado hasta un instante antes sobre los hombros del infeliz. Y entonces nuestro buen doctor pudo notar que, desde abajo, aquellos ojos, sin pestañear siquiera, seguían obstinados en mirarle a él”. Ese hecho le llevará a reflexionar sobre el instante de la muerte y cuándo en realidad se produce, y



“empezando por ahí, muchas otras cuestiones vendrían en días sucesivos a ocupar la mente especulativa del doctor Dupont”. Sus anotaciones minuciosas de tal experiencia y sus reflexiones serán el material de unas *Observaciones sobre el punto preciso de cesación de la existencia biológica, tanto en el ser humano como en individuos de las especies animales y vegetales*.

Hasta aquí la invención del ilustrado doctor en una atmósfera perfectamente recreada. Pero la ironía de Ayala, de fuente esencialmente cervantina, da sutilmente un golpe de timón, y lleva al sabio naturalista francés a escribir una *Modesta glosa a las ideas del señor Descartes relativas al sueño y a la cabal percepción de la realidad*, y al comentario de

[...] todo puede ser otra cosa, y no hay como saborear esos aspectos cambiantes de la realidad con el placer infinito de la conversación [...]

que pudiera estar inspirado por “su inesperada presencia en la ejecución capital de unos piratas”, episodio que solía evocar tomando unas copas de coñac “durante sus largas divagaciones en amistosas veladas”.

Ayala añade aún una coda: la gloria del personaje que pasó a incorporarse “a la nómina de esa incontable multitud de eminencias que siglo tras siglo han llenado de inmarcesible honor a su noble patria”, en altisonante final tan propio de un francés como de un español irónico.

Este último texto narrativo con que Francisco Ayala cerró el siglo XX es una nueva joya que encierra otro de los avisos para andar por el mundo de nuestro gran clásico contemporáneo: todo puede ser otra cosa, y no hay como saborear esos aspectos cambiantes de la realidad con el placer infinito de la conversación. El mismo que da la lectura de esa sutil, inteligente y espléndida obra literaria de nuestro mejor escritor de relatos breves del pasado siglo: Francisco Ayala. ■



Francisco Ayala, hijo predilecto de Granada.